

11150

INAUGURACION DE LA ESTATUA

—DEL—

Coronel Doctor

José Bernardo de Monteagudo

EN EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

DISCURSO

—DEL—

Dr. Valentín Abecia

Prefecto y Comandante General del Departamento
en representación del Supremo Gobierno

SUCRE, 24 DE MAYO DE 1909

IMPRENTA «BOLIVAR» DE M. PIZARRO.
Calle 11 (Bustillo) N.º. 15 y 17.

1909/28

INAUGURACION DE LA ESTATUA

—DEL—

Coronel Doctor

José Bernardo de Monteagudo

EL 25 DE MAYO DE 1909

DISCURSO

—DEL—

Dr. Valentín Abecia

Prefecto y Comandante General del Departamento
en representación del Supremo Gobierno

SUCRE, 24 DE MAYO DE 1909

IMPRESA «BOLIVAR» DE M. PIZARRO.
Calle 11 (Bustillo) N^{os.} 15 y 17.



Coronel Doctor

José Bernardo de Monteagudo



DISCURSO

DEL

Dr. Valentín Abecia

En la inauguración de la estatua de Monteagudo

Señor Presidente de la República.

Señoras, Caballeros.

No es el hecho de erigir una estatua el que debe tener importancia, sino el conjunto de ideas que esta representa: la cruz, signo de infamia en una época, es hoy el lábaro de 263 millones de hombres; la erección de la estatua de Monteagudo en la misma plaza donde hace cien años resonara la palabra Libertad, es levantar el oriflama de la Independencia americana sobre el mismo altar del sacrificio, es mostrar al pueblo el símbolo de su génesis, es enseñarle de un modo permanente el talismán de su historia y para decirlo todo de una vez, es esculpir el alma nacional en esta obra de arte, que nos recordará todos los esfuerzos, todos los sacrificios, todos los heroismos de esa titánica lucha de 17 años, que conmovió las rocas graníticas de los Andes, que enrojeció las vertientes del Amazonas y del Plata y que cual ola monstruosa de fuego segó la vida de innumerables caudillos y de millares de víctimas.

Si el descubrimiento de la América es el hecho más grandioso de los últimos siglos, la revolución é independencia de las colonias hispano-americanas «es el fenómeno político más considerable; así por su magnitud y originalidad como por la extensión probable de sus consecuencias futuras.»

La historia de esta titánica lucha señala en don José Bernardo de Monteagudo, la más resplandeciente página. Nacido el fogoso tribuno á la vida pública el 25 de mayo de 1809, es uno de sus primeros apóstoles; desempeñó la comisión que se le diera de marchar á Chichas para retener la correspondencia que venía de Buenos Aires dirigida al Perú. Vuelto á Chuquisaca formó como Sub-teniente de artillería en las filas revolucionarias.

Cuando el Mariscal Nieto redujo á prisión á los actores del 25 de mayo para enviarlos á Casas Matas en febrero de 1810. Monteagudo quedó preso en Chuquisaca, no sólo por la participación que había tomado en la revolución, sino por haber enviado á La Paz un papel sedicioso, según contestación que el dicho Mariscal daba al Virrey Cisneros, por haberse denunciado este hecho en Buenos Aires.

Importante sería llegar á determinar cuál fué aquel documento sedicioso á que se refería Nieto y que probablemente ha sido exhibido por los revolucionarios del 16 de julio en La Paz, y que dado el carácter de Monteagudo es de presumir fué de propaganda patriótica, como el diálogo de Atahuallpa que escribió para exaltar los ánimos en esa misma época.

Incorporado á Castelli después de la batalla de Suipacha, presenció en Potosí las ejecuciones de los jefes realistas, Nieto, Sanz y Córdova, el 15 de noviembre de 1810. Rememorando este hecho decía dos años después: «Yo los he visto expiar sus crímenes, y me he acercado con placer á los patíbulos para observar los efectos de la ira de la patria y bendecirla por su triunfo. Ellos murieron para siempre y el último instante de su agonía, fué el primero en que volvieron á la vida todos los pueblos oprimidos». Bastan estas cortas frases, para pronosticar el carácter que el gran tribuno debía manifestar en la revolución.

Castelli, su amigo, lo nombró secretario, hizo la campaña contra Goyeneche que terminó en el desastre de Guaqui, habiendo suscrito en Laja el 16 de mayo de 1811 el armisticio que le precedió, así como una proclama que lanzó Castelli desde las ruinas de Tiahuanacu el 25 del mismo mes y año.

Después del descalabro de Guaqui, Monteagudo voló á Buenos Aires para hacer la defensa de Castelli. Es desde este momento que empieza á crecer la figura del gigante republicano, cuyo frenesí por la libertad y la democracia no tuvo rival.

Monteagudo, pobre y destituido de pergaminos, miró en muy alto el título de doctor que le abría campo á vastas concepciones: su genio y talento, su ilustración y carácter, se descubrían á medida que avanzaba la revolución.

Y para que nada faltase á hombre tan extraordinario por su entusiasmo liberal, la na-

turalaza lo dotó de una belleza olímpica, que al decir de uno de sus biógrafos, era hermoso, con esa hermosura en que se confunden las razas. «Sin blasones, sin pergaminos, sin riquezas, la oscuridad había rodeado su cuna; empero una luz brillante iluminaba su porvenir.»

En Buenos Aires redactó la «Gaceta» de esta capital, que había sido fundada por Mariano Moreno y más después el «Mártir ó Libre», chocando con el elemento conservador é invitando á la juventud á que aprovechara la preciosa conquista de la libertad de la prensa, como el fruto más digno de un gobierno liberal. Sus ideas exageradas y su prestigio en esos momentos no pudieron menos que llevarlo á la dirección de la política. Su talento y energía, sus libérrimas aspiraciones y hasta sus condiciones físicas, hicieron que Monteagudo llegase á ser el *Lider* de la juventud.

Invitó al bello sexo para que se incorporase en la corriente revolucionaria, haciendo prever el grandioso destino á que estaba llamada la mujer americana; propaganda que dió magníficos resultados, hasta el punto de verse á las damas porteñas enajenar sus alhajas, para armar á los defensores de la Patria, dando su nombre cada una á la caja de un fusil, con este lema: **Yo armé el brazo de este valiente.**

Director de la juventud fué llamado á reorganizar la Sociedad patriótica en 1812, que podía considerarse como el núcleo del elemento republicano y democrático en el Plata, donde

la revolución no se despojó aún del antifaz monárquico.

En el discurso inaugural de la Sociedad Patriótica, decía: «*Pueblo americano, pueblo americano: desplegad por todas partes vuestra energía á vista de este ejemplo; resuene en vuestro vasto continente austral el eco de la LIBERTAD y el clamor insinuante de la patria penetre en todo corazón sensible. Burlemos los deseos de nuestros injustos enemigos, apoyemos la esperanza de nuestros hermanos, aseguremos el destino de nuestra posteridad y eternicemos la memoria de este día por medio de un solemne juramento cívico, de sostener con la sangre de nuestros venas la igualdad, seguridad, propiedad y LIBERTAD.*»

Descubierta en Buenos Aires, la tentativa reaccionaria de don Martín Alzaga en favor de la corona y capturados todos los principales conspiradores (julio de 1812), Monteagudo fué nombrado juez por el Gobierno, del cual se hallaba en ese momento distanciado. En esta alta función procedió con toda energía é inteligencia con sus colegas Chiclana, Vieytes, Irigoyen y don Pedro José Agrelo que hizo de acusador fiscal. Fueron fusilados 38 conspiradores. Monteagudo consiguió sobresalir en espectabilidad «y á su doble título de escritor brillante y fogoso tribuno, agregaba desde aquella jornada el de juez recto y justiciero.»

En 1815 fundó el periódico «El Independiente», para sostener el gobierno militar de Albear, aceptando su dictadura, error que lo condujo al ostracismo á la caída de este General. Volvió de Europa enriquecida su mente

con los progresos que había visto, pulimentada su cultura, sin perder la valentía del concepto, siendo sí más fluido su estilo.

Pasa á fines de 1817 á Chile y San Martín lo coloca á su lado como Auditor de guerra del Ejército unido. Redacta el Acta de Independencia de aquel estado el 1.º de enero de 1818. El valiente Monteagudo concurre á la sorpresa de Cancha Rayada al lado de O' Higgins, quien hace constar su valor y serenidad en aquella acción; marcha después precipitadamente á Mendoza y activa el proceso de los Carrera.

Parece que el intrépido Monteagudo estaba destinado á tomar parte en los hechos más luctuosos y de mayor responsabilidad. Juez en la conspiración de don Martín Alzaga que llevó al patíbulo 38 conspiradores en Buenos Aires, desempeña posteriormente en Mendoza el papel de Asesor en el proceso de los Carrera, no por ambición ó voluntad, ni para servir á sus propios intereses, sino para salvar la causa de la independencia que á juicio de los directores de Chile corría peligro.

Se ha acusado á Monteagudo como figura siniestra, ave agorera de la muerte, que aparecía dónde se exhalaba el olor de los cadáveres.....

Acusación injusta, pues, era la política chilena que cavó el sepulcro de los Carrera, no desempeñando Monteagudo sino el papel de ejecutor. Necesario es hoy aventar la desvergonzada ira de los escritores que apasionadamente han fulminado cargos al ilustre tribuno.

Posteriormente es desterrado de Chile á Mendoza y se le señala San Luis para su residencia. Se ignoran hasta hoy los motivos de este destierro y sólo se supone que San Martín quiso que Monteagudo estuviese en este lugar donde existían los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipú. Una vez allí pidió salir á Europa ó Estados Unidos de Norte América. La suerte lo detiene hasta el momento en que estalla la conspiración de los españoles basada en el asesinato del Gobernador Dupuy y el de Monteagudo. Después de la heroica resistencia que Dupuy hizo á los asaltantes, Monteagudo fué nombrado comisionado por aquél para organizar el sumario contra los conspiradores, y en cuatro días de asiduo trabajo estuvo concluido el proceso para sentencia (febrero 19 de 1819), y ejecutados los sediciosos.

Llamado nuevamente desde Chile funda el periódico «El Censor de la Revolución», secundando la idea de San Martín que desde el año 1812 pensó que para que surgiese la emancipación sur-americana era preciso llevar las armas hasta la ciudad de los Reyes. Al confesar sus errores manifiesta siempre su adoración por la libertad, censurando los excesos de ella. El ejército chileno-argentino salió de Valparaiso en agosto de 1820. Monteagudo iba de Secretario de San Martín, juntamente con García del Río. El médico Paroissien que marchó de Chuquisaca el año 1814 con Rondeau, era edecán en la clase de coronel. El general Arenales, actor del 25 de mayo de 1809, era general divisorio.

Monteagudo pasó al Perú á libertarlo, podemos decir, «porque con sus principios políticos y su pluma consiguió más triunfos contra los españoles, que lord Cochrane con sus naves», sin sospechar que el puñal homicida se armaría contra él, por los mismos que le debieran su libertad. Proclamada la independencia del Perú en 28 de julio de 1821, el Protector San Martín organiza su primer ministerio con Monteagudo, á quien hace Ministro de la Guerra y de Marina y posteriormente en 1822, Ministro de Relaciones Exteriores. Nunca trabajó con más tesón que en ese entonces, porque en el Perú no existía nada y era necesario crearlo todo. Al lado de San Martín pudo elevarse al pináculo de la gloria. Fomentó la instrucción pública, fundó la Biblioteca de Lima así como la Sociedad Patriótica.

Las ideas republicanas de Monteagudo vinieron modificándose desde su regreso de Europa, y se acentuaron más, cuando se halló en el Perú y arreciaba la guerra civil en las provincias argentinas. La historia hará justicia á los hombres que como Bolívar, San Martín, Monteagudo, Belgrano, Rivadavia y los del mismo Congreso del Tucumán, comprendiendo el peligro que podía sobrevenir de una transición violenta de la colonia á la libertad absoluta, para los nacientes estados, buscaban los medios de moderar las excitaciones patrióticas que bien pudieron llevarlos á la ruina.

¿Pensaron bien?.....

La muerte del General Sucre en Berruecos, el puñal que intentó asesinar á Bolívar y el

que victimó á Monteagudo en Lima, son hechos que confirman los justos temores de los que dirigían los destinos de la América en ese entonces. En nuestra República sobre todo, señores, hemos visto entronizarse la guerra civil con todas sus furias durante muchos años, con su séquito de déspotas y tiranos, no siendo esta situación patrimonio exclusivo de Bolivia. Hemos visto de 18 presidentes, cinco de ellos asesinados, otros muertos en el ostracismo y nuestras instituciones, expuestas á perderse por varias veces.

Hoy que ha pasado el peligro podemos decir tranquilamente: la libertad fué un bien; pero no podemos inculpar que nuestros héroes por haber pensado en una monarquía constitucional, como el medio más adecuado para asegurar la independencia de la América del Sur, estuvieran en el error.

Monteaguado, en lucha ya con el elemento republicano en el Perú, despliega una política enérgica para refrenar la conspiración realista y contribuye directamente al destierro de 474 españoles que amenazaban trastornar el orden.

Estas y otras causas sublevan al pueblo de Lima que lo destierra á Panamá, aprovechando de la ausencia de San Martín que fué á Guayaquil á entrevistarse con Bolívar. Es abandonado allí sin recursos de ninguna clase, mientras Sánchez Carrión, jefe del partido republicano, ejerce influencias para que el Congreso declare el destierro perpetuo del gran apóstol. «Entregado á la desesperación, el desencanto y la

duda más sombría sobre su porvenir», pasó varios meses en la capital del Istmo. De allí siguió viaje al mar de las Antillas, vino á Venezuela con ánimo de dirigirse á Guayaquil.

El 6 de diciembre de 1822, se tuvo conocimiento de la movilidad del doctor Monteagudo en Lima y el Congreso dió el decreto siguiente: «DON BERNARDO MONTEAGUDO, SECRETARIO QUE FUÉ DEL DEPARTAMENTO DE GOBIERNO Y RELACIONES EXTERIORES, QUEDA PERPETUAMENTE EXTRAÑADO DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA; Y FUERA DE LA PROTECCIÓN DE LAS LEYES EN EL MOMENTO DE PISAR EL TERRITORIO DEL PERÚ.» Nunca será suficientemente censurable la injusticia del primer Congreso del Perú que puso fuera de la ley, á quien directamente había contribuido á la libertad de aquel estado, máxime si Monteagudo se hallaba en el ostracismo. Este acto hirió profundamente el espíritu del tribuno y le obligó en Quito á escribir «aquella célebre Memoria, que por sus condiciones de estilo, erudición y lógica, se considera como una de las piezas literarias y políticas que honran la literatura del Nuevo Mundo.» En este célebre documento dice: «Este escrito, sea cual fuese su mérito, vivirá más que yo; y cuando las pasiones contemporáneas hayan callado en la tumba, espero que se hará justicia á mis intenciones: ellas son las de un americano, las de un hombre que no es nuevo en la revolución, y que ha pasado por todas las alternativas de la fortuna en el espacio de catorce años.» Cuánta sinceridad en estas pocas palabras. En el mismo documento hace una exposición minuciosa

de cómo sus ideas vinieron modificándose según los períodos de la revolución y según la experiencia adquirida, sin más aspiración que la de que sea un hecho la libertad del Perú. Allí demuestra cómo después «de sufrir destierro, persecuciones, olvido de sus amigos, pobreza y hambre, todo por consagrarse con un entusiasmo que se juzgó peligroso á la América.»

Bolívar que apreció el alto talento y acrisolado patriotismo de Monteagudo, lo llamó á su lado y lo tomó bajo su protección; juntos entraron á Lima, el primero llamado por el Congreso. Los republicanos frenéticos, aquéllos que odiaban á Monteagudo ofrecieron la dictadura á Bolívar, que la aceptó. Vencedor en Junín se dirigió á Lima en 1824 á organizar el país juntamente con Monteagudo, mientras el General Sucre, remachaba la independendencia con la gloriosa victoria de Ayacucho.

Uno de sus biógrafos dice: «Desde la ciudad de los Reyes, donde el estandarte de Pizarro había dejado de flamear, el doctor Monteagudo, peregrino y apóstol, sacerdote y victimario de la revolución, asistía conmovido al desenlace de esa tragedia de quince años, empezada en las calles de Chuquisaca en 1809 y terminada en las faldas abruptas del Condorcanqui.»

Es entonces que Monteagudo propuso á Bolívar el pensamiento de una confederación continental, pensamiento antiguo, que debería salvar los estados americanos contra la España y los planes monarquistas de la Santa Alianza, proyecto que fué aceptado por el Libertador.

Monteagudo escribía las bases de la con-

federación americana para el Congreso que debía reunirse en Panamá y á donde debería ir él por designación de Bolívar, mas, la noche del 28 de enero de 1825 cae bajo el filo de puñal homicida, en una de las calles de Lima, víctima de la confabulación de hombres, á quienes la historia juzgará.

Así terminó la vida del super-hombre de la revolución americana, que ofuscando con los rayos de su luz, deslumbró la tierra de Colón, desde Quito hasta la Tierra del Fuego, en una extensión de 41° geográficos. «Nuevo Prometeo debía expiar el haber arrebatado al cielo el fuego de la libertad de un mundo.»

Así concluye la vida del príncipe de la libertad que se inició el 25 de mayo de 1809.

Los escritos de Monteagudo, confirman el hecho de que en Hispano-América nadie le aventajó en amar la libertad; la lucha por la independencia fué su constante ideal. Ningún espíritu influyó más intensamente en toda la extensión de Sur-América en favor de la emancipación que el espíritu de Monteagudo; nadie hizo crujir los talleres de Gutemberg, propagando las ideas revolucionarias, con más éxito que él. Fué el incomparable tribuno, el audaz revolucionario, el tipo del apóstol de la libertad. Todo lo que produjo la pluma de Monteagudo durante la campaña en Chile y el Perú con San Martín, de quien no se separó, tiene un brillo especial, por la energía de la frase, el ardor de la idea y la exhuberancia del concepto; es, pues, muy justamente considerado como uno de los primeros estadistas de la América.

El Congreso Nacional de 1906, cumpliendo una deuda de gratitud y justicia con el extraordinario genio que inició y coadyuvó á la emancipación Sur-Americana, dictó la ley por la cual se erige este monumento que á nombre del Gobierno Nacional lo inauguro en este acto, en la misma ciudad donde empezara á perfilarse la figura del príncipe de la libertad en mayo de 1809.

Este monumento debió ser de talla gigantesca porque representa al primer atleta de la libertad é independencia americana, mas, si él no sobresale por su magnificencia en el arte, nunca desmerecerá de la grandeza del genio que representa.

Señores: Este momento en que reverentes saludamos la estatua del egregio Coronel don José Bernardo Monteagudo, sea ocasión para que renovemos nuestros anhelos por la prosperidad del país y la unión de sus hijos; hagamos estos votos ante la inspirada generación de 1809, que desde la inmortalidad, contempla hoy el juicio histórico de la presente, que rinde justo homenaje á los que supieron reivindicar para la América el derecho, la justicia y la libertad.

He dicho.
